

*Adivina quién
soy esta noche*

Megan Maxwell

MATERIAL
EXCLUSIVAMENTE
DE PROMOCIÓN

 Planeta

Tragedia



El sonido del silencio es intimidador.

El chirrido de las ruedas aún me angustia.

¡Estoy viva!

¡Viva!

Oigo la voz de Dylan. Quiero contestar. Siento sus pasos rápidos acercándose, pero estoy paralizada de miedo, tirada en la calle y apenas puedo respirar.

Tiemblo y mis ojos se encuentran con los de Tiffany, la mujer de Omar. Está en el suelo a mi lado. Nos miramos. Ambas respiramos con dificultad, pero estamos vivas.

—Cuqui, ¿estás bien? —pregunta ella con un hilo de voz.

Asiento sin poder despegar los labios, pero su pregunta hace que todo regrese a mi mente. El coche acercándose a toda velocidad. El miedo. La mano de Tiffany tirando de mí. Cómo las dos caemos con brusquedad tras el coche de Omar. Un frenazo increíble y luego silencio.

Pero ese silencio se rompe de golpe para plagarse de gritos. Chillidos aterrorizados. Omar se agacha con gesto descompuesto e, instantes después, la voz de Dylan llega hasta nosotras diciendo:

—¡No las muevas, Omar! Llama a una ambulancia.

Pero yo me muevo. Me pongo boca arriba y suelto un gemido. Me duele el hombro.

¡Joder, cómo me duele!

Mis ojos se encuentran con los de mi amor, que, con el rostro desencajado, se inclina sobre mí y, sin apenas tocarme para no moverme, murmura desesperado:

—Yanira, Dios mío, cariño... ¿Estás bien?

No termina de abrazarme. Necesito su calor, su cariño, sus palabras bonitas tanto como siento que él me necesita a mí, y respondo para tranquilizarlo:

—Estoy bien... no te preocupes... estoy bien.

—Bichito, estoy mareada —se queja Tiffany, incorporándose.

—Calma, cielo... No te muevas —la tranquiliza Omar.

De repente, me encuentro con la mirada de Tiffany y, emocionada por lo que esta chica ha hecho por mí, musito:

—Gracias.

La joven y rubia esposa de Omar, que yo pensaba que tenía menos cerebro que Calamardo, el amigo de Bob Esponja, sonrío. Me acaba de salvar de morir arrollada por el coche, arriesgándose a irse ella también al otro barrio. Se lo agradeceré eternamente. Eternamente.

Dylan me toca el brazo sin querer y yo doy un grito agónico.

¡Joder, qué dolor!

Me mira asustado y, con la respiración de nuevo acelerada, susurra:

—No te muevas, cariño.

—Me duele... me duele...

—Lo sé... lo sé... Tranquila —insiste con gesto preocupado.

Con las lágrimas a punto de brotarme como un manantial por el insoportable dolor que siento, veo que Dylan llama a un médico amigo suyo, que viene corriendo hacia nosotros.

—Pide hielo en el pub. ¡Necesito hielo urgentemente!

Me muevo y vuelvo a gritar de dolor. Dylan me mira y, quitándose la chaqueta, dice:

—Creo que te has dislocado el hombro en la caída.

En ese instante no sé lo que es «dislocado» ni lo que es «el hombro», pero el gesto de mi chico es sombrío. Muy sombrío y eso me asusta mientras me quejo:

—Joder..., ¡cómo me dueleeeeeeeeeee!

Cuando aparece su amigo con una bolsa de hielo, Dylan blasfema y, mirándolo, le comenta:

—Sí... sí... —consigo balbucear.

Mi respuesta lo calma, pero entonces se levanta del suelo hecho una hidra, se aleja de mí y lo oigo gritar con fiereza:

—¿Cómo has podido hacerlo?!

Asustada al oírlo tan furioso, me incorporo un poco a pesar de mi dolor y lo veo caminar hacia el coche que ha estado a punto de atropellarme. Dentro está Caty, con la cabeza sobre el volante.

¡Perra, mala víbora!

Mira a Dylan y la veo llorar. Gemir. Suplicar. Mi chico, ofuscado, abre la puerta del coche con tal furia que casi la arranca y la saca de él gritando como un poseso.

Yo observo la escena mientras la gente se arremolina alrededor. Caty llora y Dylan grita y maldice como un loco. El hombre al que he visto acompañar antes a Caty se acerca a ellos con gesto descompuerto al imaginarse lo ocurrido.

—Omar —susurro dolorida—. Ve y tranquiliza a Dylan, por favor.

Él, tras asentir, se acerca a su hermano con cara de enfado e intenta mediar, pero Dylan está alterado. Muy alterado.

Finalmente, entre Omar y otro hombre consiguen separarlo de Caty y los tranquilizan a los dos. Yo no puedo dejar de mirarla a ella. Está a cinco escasos metros de mí y veo que me dice entre lágrimas:

—Lo siento... lo siento.

—¡Qué poca vergüenza tiene! Casi te mata y ahora te viene con lloriqueos —cuchichea Tiffany a mi lado, al ver hacia adónde miro.

Efectivamente. Esa mujer no tiene vergüenza. Por otra parte, no sé cómo tomarme ese «Lo siento», si será sincero o fingido.

Lo ocurrido me tiene alucinada. Una cosa es que esté reloca por Dylan y otra muy diferente que llegue a los límites a los que ha llegado. Sin duda alguna no está bien de la cabeza.

Joder, ¡que casi me mata!

—Tranquilas, chicas —oigo decir a Omar, acercándose a su mujer y a mí—. Las ambulancias ya están llegando.

—Me he roto dos uñas, bichito.

☞ *Adivina quién soy esta noche* ☞

—Mañana te las pones nuevas, cielo —contesta él sonriendo.

El estridente sonido de varias ambulancias y coches de policía lo llena todo. Rápidamente, acordonan el lugar y retiran a los curiosos, mientras unos médicos nos atienden a Tiffany y a mí. Me inmovilizan el brazo y el cuello.

Como si fuera una pluma, me levantan y me ponen en una camilla y veo que me llevan hacia una ambulancia. Miro a Tiffany, que está en mi misma situación. Pobrecita. Desde la camilla, giro la cabeza y vuelvo a mirar a Caty. Sigue llorando, mientras su acompañante niega con la cabeza y mira al suelo.

Omar no da abasto. Corre de la camilla donde está su mujer a la camilla en la que estoy yo. Cuando me meten en la ambulancia, oigo que Dylan afirma:

—Iré con ella.

Los dos hombres y la mujer de la ambulancia se miran y esta última dice sonriendo:

—Ya sabe que no le vamos a decir que no, doctor Ferrasa, pero aquí nosotros tenemos que trabajar.

Él, molesto, cierra los ojos un momento y luego les explica lo que ha hecho para atenderme, pero dispuesto a no interferir, finalmente asiente y las puertas se cierran. Pocos segundos después, oigo cómo se cierran las puertas de delante también y, haciendo sonar su aguda sirena, la ambulancia se pone en marcha.

Quiero estar con Dylan. Tengo ganas de llorar, pero debo ser fuerte, no una niñita caprichosa y consentida que llora porque no tiene a su novio cerca.

La mujer y uno de los hombres comienzan a atenderme y ella me pregunta en inglés:

—¿Recuerdas tu nombre?

Todavía aturdida, la entiendo, pero respondo en español.

—Me llamo... me llamo Yanira Van Der Vall.

La mujer asiente, agarra una jeringa, la llena de un líquido transparente y, pinchándola en la vía intravenosa que segundos antes me ha puesto, sonrío y dice también en español:

— Megan Maxwell —

—Tranquila, Yanira. Pronto estaremos en el hospital Ronald Reagan.

—¿Y Dylan? ¿Dónde está?

Comienzo a marearme cuando le oigo decir:

—Estoy aquí, cariño.

Como puedo, muevo la cabeza y miro hacia arriba. Por una ventanilla puedo ver a Dylan sentado en la parte delantera de la ambulancia y sonrío.

Mi medicina



En el hospital, tras hacerme radiografías e inmovilizarme el brazo con un cabestrillo, un enfermero empuja la silla de ruedas donde voy sentada. Se para ante una puerta y al abrirla me encuentro con Dylan.

—Hola, mi vida —dice al verme.

Se lo ve preocupado. El que empujaba mi silla me ayuda a sentarme en una cama y luego se va, dejándonos solos. Cariñoso, Dylan me da un rápido beso en los labios, me acaricia la mejilla y me pregunta si me duele mucho.

Noto una pequeña molestia, pero nada que ver con el dolor que tenía antes.

—Es soportable —le contesto. Entonces, consciente de todo lo que ha pasado, añado en voz baja—: ¿Y Tiffany cómo está?

—Tiene una luxación en una costilla y magulladuras en las piernas y en los brazos, como tú. Pero, tranquila, sobrevivirá y le sacará a mi hermano ese anillo que tantas ganas tenía de comprarse y seguramente algo más.

Ambos sonreímos.

—¿Quieres que llamemos a tus padres? —me pregunta.

Lo pienso un momento, pero finalmente niego con la cabeza. Sé lo mucho que se preocuparán a tantos kilómetros de distancia. Prefiero que no lo sepan. Estoy bien y no quiero que sufran por mí.

Cierro los ojos. Estoy molida. Como si me hubieran dado una paliza, pero aun así digo:

—¿Caty está bien?

Tras un incómodo silencio, Dylan asiente.

—Sí. —Y con un profundo suspiro, añade—: Cuando se recu-

pere, tendrá un gran problema con nosotros y con la ley. Te aseguro que lo que ha hecho no va a quedar impune. He hablado con mi padre y él nos representará. Me encargaré de que pague lo que ha hecho. Lo que ha intentado hacer la...

—Dylan, no —lo corto—. No puedo hacerlo.

—¿Cómo que no puedes hacerlo? Ha estado a punto de matarte, cariño.

Asiento. Lo sé. Sé que lo que Caty quería hacer en ese instante era eso, pero continúo:

—Tranquilízate y piensa. Por favor... Si alguien odia a esa mujer con ganas, ésa soy yo, pero no puedo olvidar que sufre por amor. Te quiere. Se le ha ido la cabeza, ha bebido de más y... y además, yo cruzaba por donde no debía. También tengo parte de culpa, ¿no lo ves?

—Yanira —dice él con voz grave—. Te ha podido matar. Si hubiera cumplido su propósito, tú y yo ahora no estaríamos aquí, hablando, ¿no te das cuenta?

Vuelvo a asentir. Claro que me doy cuenta, sin embargo, insisto:

—Pero lo estamos, Dylan. Estoy aquí contigo y voy a seguir estándolo mañana y al otro y al otro. —Intento sonreír, sin éxito, cuando prosigo—: No voy a denunciarla, cariño. Lo siento pero no puedo. Creo que bastantes problemas tiene ya con superar lo ocurrido.

—Eres demasiado buena, demasiado, y creo que...

—No. He dicho que no —sentencio.

Me mira boquiabierto y cuando asume que no me va a hacer cambiar de opinión, murmura:

—Nunca pensé que Caty pudiera hacer algo así. Nunca. No sé cómo pedirte perdón por ello y...

—Dylan —lo corto—. Tú no tienes que pedirme disculpas porque tú no tienes la culpa de nada, cariño. Se le soltó la pinza; ¿qué tienes tú que ver en ello?

—Me siento culpable. Debería haber sido más previsor.

—¿Previsor?!

Adopta una expresión compungida y explica:

☞ *Adivina quién soy esta noche* ☞

—Caty padece depresión desde hace años. Se medica y...

—Joder...

—Un amigo del hospital me comentó el otro día que vendió su clínica pediátrica al año de desaparecer yo. Ya no es la dueña. Sólo trabaja allí unas horas y yo... yo debí haber imaginado que podría pasar algo así.

Recuerdo que esa misma noche, mientras cenábamos, ella nos había hablado de su clínica y pregunto:

—Y sabiendo la verdad, ¿por qué no has dicho nada durante la cena?

—¿Cómo lo iba a decir, Yanira? No podía ser tan cruel. Además, no sé qué le ha contado de su vida al hombre que la acompañaba y no quería meter la pata. Tampoco quería preguntarle por su enfermedad. No era el momento ni el lugar, cariño. Deseaba hablar con ella, llamarla un día para ver cómo estaba. Por eso hoy, al verla, la he invitado a cenar con nosotros sin pensarlo. Merecía ser bien recibida por nosotros dos, por la familia Ferrasa. Siempre ha sido una buena amiga, aunque ella pensara...

—Ella pensaba que era algo más para ti, ¿verdad?

Dylan asiente y, tras resoplar, añade:

—Siempre he sido sincero con ella. Cientos de veces le he dicho que nunca habría nada serio entre los dos, pero Katy se empeñaba en continuar a mi lado y yo, egoístamente, lo aceptaba. Lo creas o no, no sólo lo hice por mí, sino también por ella. La veía feliz, con su problema controlado, y eso me valía. Pero ahora me doy cuenta de que lo que he hecho no ha estado bien.

—No te angusties, cariño.

—Por eso digo que es mi culpa, Yanira —prosigue él—. Sin querer, yo he provocado lo ocurrido. Yo soy el culpable, ¿no lo ves?

Al notar la desesperación en sus ojos, respondo:

—No, mi vida, tú no lo has provocado. Es cierto que has jugado con sus sentimientos sin pensar en el dolor que le podías ocasionar a ella, pero tú no la has obligado a ponerse al volante, a apretar el acelerador y a lanzar el coche contra mí. —Dylan no responde

y yo continúo—: Y ahora, sabiendo lo que sé, ¿cómo pretendes que la denuncie? Si antes no podía, ahora menos.

Mi moreno no contesta y, dispuesta a dejarlo todo claro, afirmo:

—Lo que no voy a permitir es que te culpabilices de todo lo que sucede a tu alrededor. Las cosas pasan porque tienen que pasar y punto. ¿O acaso eres también responsable de lo de la capa de ozono? ¿O del hambre del Tercer Mundo? —Consigo que me mire y concluyo—: Que te quede claro, señor Dylan Ferrasa, que para mí sólo serás culpable de lo que puedas hacerme directamente, ¿entendido?

No se mueve. Sólo me mira.

Incrédula, veo que igual que con su madre, el sentimiento de culpa no lo deja vivir. ¿Por qué se siente así?

Pero yo no estoy dispuesta a que viva con esa angustia e insisto:

—No pienso dirigirte la palabra hasta que me digas que me has entendido y que tú no tienes la culpa de lo que ha ocurrido, ¿de acuerdo, amor mío?

Asiente con la cabeza y, tras unos tensos segundos, sonrío y contesta:

—Sólo para que me llamas «amor mío», ha merecido la pena escucharte.

—¡Dylan! —protesto.

Él sonrío y finalmente accede.

—De acuerdo, caprichosa. Te he entendido y yo no tengo la culpa.

—¡Bien!

Cuando me abraza con cuidado, oímos que se abre la puerta de la habitación. Es Tiffany en una silla de ruedas, acompañada de Omar y una linda enfermera morena.

Cuando llega a mi lado, Tiffany me toma la mano. En ese momento me entra la llorera tonta y digo entre sollozos:

—Tiffany, dime que estás bien o...

—Ay, amorrrrr, no lloresssss. ¡Arriba esas pestañas! —bromea, con su cara de pizpireta.

—Siento mucho lo que te ha pasado.

☞ *Adivina quién soy esta noche* ☞

—Tranquila, Yanira —interviene Omar sonriendo, tras guiñarle un ojo a la enfermera que ha entrado con ellos—. Te aseguro que mi mujercita sacará provecho de su heroicidad una vez que salga del hospital.

—Bichitooooo... —se queja ella divertida—. No digas eso, tontuso.

Veo cómo Omar y la enfermera se miran hasta que ésta sale de la habitación.

¡Qué descaro!

Si Dylan hace eso delante de mí, como poco le arranco los ojos.

Cuando mi cuñado se acerca a su hermano para comentarle algo, Tiffany baja la voz y me dice:

—La semana que viene nos vamos de compras, ¿vale?

Me entra la risa y asiento divertida. Entonces, ella añade:

—Esa listilla no me ha dado buena espina y creo que te lo he hecho saber con la mirada durante la cena, cuando he visto cómo se derretía cada vez que contemplaba a Dylan. Y en el pub, ¡oh, en el pub!, cuando ha empezado a contar ciertas intimidades, me he marchado porque estaba a punto de gritarle «Guapa, ¡haz clic y minimízate!», pero no quería ser ordinaria.

Como siempre, su manera de hablar me hace gracia. ¡Tiffany no podría ser ordinaria ni queriendo!

—No sé cómo darte las gracias.

Ella sonríe y, bajando la voz, contesta:

—Vamos, cuqui, ¿acaso tú no habrías hecho lo mismo por mí? Asiento. Sin duda lo habría hecho.

—Te superquiero —concluye Tiffany con una bonita sonrisa.

Yo sonrío también. Le agradezco sus muestras de cariño en un momento como éste. Casi no nos conocemos, pero creo que la he juzgado demasiado rápido y que se merece otra oportunidad. Y me alegra que piense que yo habría hecho lo mismo por ella.

Los hermanos Ferrasa nos miran divertidos y Omar dice:

—Hermano, al final papá va a tener razón con eso de que las rubias sólo dan problemas.

Eso me hace reír, pero Tiffany protesta:

—Bichitooooooooooooo, no digas eso, tontusete.

Los cuatro nos quedamos esa noche en el hospital. Dylan se niega a que nos den el alta a Tiffany y a mí, y nosotras decidimos claudicar.

¡Menudo fin de fiesta y llegada a mi nuevo hogar!

De madrugada, cuando me despierto, veo que Dylan está sentado en el butacón que hay frente a la cama, leyendo un libro. Lo observo entre las pestañas. Él no me ve. Como siempre, está guapo y sexy y aún más con ese gesto tan serio y con la camisa abierta. Sé que se martiriza por lo ocurrido. Lo veo en sus ojos y en el rictus de su boca. Se preocupa por mí.

Ay, mi niño.

Durante un rato, me dedico a observarlo y a disfrutar de las vistas, pero en cuanto ve que me muevo, deja el libro sobre una mesita, se levanta y rápidamente se acerca a mí.

—¿Qué ocurre, cariño?

Su voz me reconforta. Su presencia me da seguridad e, incapaz de callarme, murmuro:

—Sólo quería decirte que te quiero.

Sonríe. Me toca la frente y, con expresión cómica, cuchichea:

—Me parece que el golpe ha sido más fuerte de lo que creía en un principio. ¿Me tengo que preocupar?

Su humor y su gesto guasón me hacen sonreír. ¡Menuda vena romántica la mía! Durante unos segundos ambos nos reímos, hasta que de pronto digo:

—Quiero casarme contigo mañana mismo.

Sorprendido, mi amor clava sus bonitos ojos color castaño en mí.

—¿Estás segura? —pregunta.

—Vayámonos a Las Vegas tú y yo —contesto—. Hagamos una boda loca, diferente y..

—Cariño —me corta él—, nos casaremos cuando tú quieras, pero en Las Vegas no.

—¿Por qué?

☞ *Adivina quién soy esta noche* ☞

—Porque quiero casarme contigo ante los ojos de Dios.
Vaya... ¿Desde cuándo es tan creyente?
Hago un mohín, él sonrío y finalmente yo también sonrío. Pero
¡qué facilona soy con este hombre...!
Dylan me besa y afirma:
—Yo me ocuparé de todo.
—Vale, pero te pido una cosa.
—¿Qué?
—Quiero una fiesta muy divertida.
—Te lo prometo —responde abrazándome.

Yo no te pido la Luna



Al día siguiente ya estoy en casa.

Debo tener el brazo inmovilizado una o dos semanas, hasta que deje de dolerme. También tengo que tomar antiinflamatorios.

Anselmo, el padre de Dylan, nos llama por teléfono. Habla con su hijo y luego conmigo, pero yo no me bajo de la burra. No voy a denunciar a esa mujer.

Le comentamos lo de la boda y me da la sensación de que se alegra y mucho. ¿Es posible que ahora me quiera tanto?

Wilma, la mujer que viene a limpiar la casa y que es un encanto, desde el minuto uno se desvive porque me encuentre perfectamente, aunque al enterarse de lo de la inminente boda, decide hacer una limpieza general. ¡Lo que me faltaba!

Al final, Dylan me hace llamar a mi familia para comentarles lo ocurrido. Se lo suavizo. No les cuento toda la verdad, sólo que crucé por donde no debía. Como es de esperar, todos me regañan y me llaman loca.

Yo aguanto y sonrío y luego remato con la noticia de que la boda se adelanta. Mi padre rápidamente me pregunta si estoy embarazada. Divertida, lo saco de su error. Antes de colgar, me aseguran que pedirán los papeles que necesito para el enlace.

Pasan diez días, en los que toreo a Dylan y a Wilma como puedo para no tomar leche. ¡Qué pesaditos están con lo del calcio! Y por fin me puedo liberar del cabestrillo. Me lo habría podido quitar antes, pero tener a un médico cerca es matador.

Dylan también hizo venir a un fisio a casa a atenderme. Según él, no estaba de más prevenir problemas futuros, y la verdad es que me ha ido muy bien.

☞ *Adivina quién soy esta noche* ☞

Pero el día en que doy por finalizados todos los cuidados, me siento feliz. ¡Vuelvo a ser yo!

Quedan dos semanas para la boda. Está programada para el 21 de diciembre y aún no puedo creer que me vaya a casar. Tanto Dylan como yo somos unos antibodas y aquí estamos, dispuestos a pasar por la iglesia, con cura, convite, bailecito romántico y corte de tarta.

Mi chico está un poco apurado porque no tendremos luna de miel. Después de casarnos, se reincorporará al hospital tras su larga ausencia y no va muy bien que ahora nos marchemos de viaje. Lo posponemos. A mí no me importa mucho. Sólo quiero estar con él donde sea. Nada más.

Yo no me ocupo de nada del enlace y Dylan lo hace todo. Dice que espera sorprenderme. Confío en él. No me queda otra.

Pero tengo un problema. Un gran problema.

Odio el sitio donde vivimos. Todo lo que me rodea me recuerda a ella. A Katy. A la mujer que casi me manda al otro barrio y que, en su momento, ayudó a Dylan a decorar su casa.

Cuando le cuento a él lo que me pasa, me entiende e insiste en que redecoremos la casa. El problema es que está tan liado con la boda que ahora es complicado hacerlo.

Plan A: redecoro incluso con el lío de la boda.

Plan B: espero que pase la boda.

Sin lugar a dudas, creo que lo más acertado es el plan B. Esperaré.

Tiffany me busca el vestido de novia. Ella fue diseñadora de moda para una marca que adora, pero al conocer a Omar lo dejó. Lo abandonó todo por amor. Por su bichito.

Una tarde, junto con sus amigas, me lleva al mundo de las novias glamurosas. Ni que decir tiene que me pruebo los mejores vestidos del mundo mundial y, aunque me cueste aceptarlo, estoy divina de la muerte con ellos.

No hay vestido que me quede mal. Estoy cuqui. ¿Me estará volviendo una creída?

Al final, me decido por uno de corte romántico, con falda de tul y lazo gris en la cintura, de la diseñadora Vera Wang, que me encanta y a Tiffany, como dice ella, le rechifla. Dice que es del estilo del que llevó Kate Hudson años atrás en la película *Guerra de novias*.

Con él puesto, escojo un bonito velo. Un tul sedoso que me colocan en una especie de moño bajo y, cuando me miro al espejo con toda la parafernalia, me quedo sin habla.

Pero ¡si hasta parezco buena!

Sonrío al imaginar a Dylan o a mi familia cuando me vean así. Sé que los voy a sorprender, ¡porque la primera sorprendida soy yo!

Pregunto el precio varias veces. No me cabe la menor duda de que todo esto cuesta un pastón, pero no me lo dicen. Tiffany se niega. Es su regalo y el de Omar por nuestra boda. Al final acepto. No me queda otra.

—Ahora debes elegir otro vestido para la fiesta —dice una de sus amigas.

Al oírla las miro y respondo:

—Ni de coña.

Tiffany y las demás dan un paso atrás y se llevan las manos a la boca asustadas. Joder. Ni que les hubiera dicho que voy a atracar la tienda y a matarlas.

—Debes hacerlo —insiste Ashley volviendo en sí—. Es obligatorio tener más de un modelito que lucir. Uno para la ceremonia y quizás un par de ellos para la fiesta posterior.

¿Cómo?!

¡Yo flipo!

¿Cómo que más de un vestido? ¿Desde cuándo?

Mi madre sólo tuvo un vestido de novia. ¡Uno! ¿Por qué ahora yo tengo que tener dos o más? No. Me niego.

Y enfrentándome al derroche que me quieren imponer, les aclaro con convicción:

—Sólo quiero un vestido. Este traje no me lo volveré a poner nunca más y quiero disfrutarlo a tope.

—Pero lo *cool* es cambiarse de vestido y...

☞ *Adivina quién soy esta noche* ☞

—Lo que se lleve a mí me importa tres pepinos —interrumpo a Tiffany, que se queda con la boca abierta. Sólo quiero este vestido. Ni uno más.

Al final, a regañadientes, ella y sus amigas se dan por vencidas. Deben de pensar que estoy como una chota, pero me da igual. Ese día quiero bailar y disfrutar con mi único vestido puesto. Ese que un día miraré, como hace mi madre cuando saca el suyo del baúl, y sonreiré al recordar los bonitos momentos que pasé con él.

Cuando esa noche llego a casa estoy muerta. Tiffany y sus amigas van a acabar teniendo razón cuando dicen que salir de compras es agotador. Nunca me había probado tantos vestidos, y menos de novia.

El 16 de diciembre estoy esperando a mi familia emocionadísima en el aeropuerto. Al verlos salto y grito, mientras corro para recibirlos. Ellos hacen lo mismo y pocos minutos después nos besamos y abrazamos como locos.

Dylan los recibe tan contento como yo, y nos dirigimos en un par de coches hacia la que ya es mi casa.

En el camino, mi madre me dice que Arturo y Luis me envían millones de besos. Qué pena no tenerlos aquí para que me griten eso de «¡Tulipana!». Yo ya sabía que no iban a venir por trabajo. Lo sabía, pues lo hablé con ellos por teléfono y me apena mucho. Me habría encantado verlos, pero tal como está la situación laboral en España, mejor no pedir nada, no sea que te den el finiquito.

Mamá me comenta también que envió todas mis cosas en barco y que ha escondido entre mis pertenencias varios paquetitos de jamón de bellota y fuet del que me gusta. ¡Yo aplaudo contenta!

Mi hermano Argen y Patricia deciden ir a un hotel cercano. Quieren intimidad, y Dylan y yo los entendemos. Pero mis padres, mis otros dos hermanos y mis abuelas se alojan en nuestra casa.

Y Coral, mi loca Coral, ha decidido acampar en el salón. No quiere dormir con mis abuelas. Dylan la mira extrañado, como siempre, y yo me río. Su familia no es tan ruidosa como la mía, pero la casa está a rebosar de vida y alegría, y eso me encanta.

Como es lógico, mi Gordicienta particular exige mi despedida de soltera. ¡Faltaría más! Y Tiffany, que conoce mejor que yo Los Ángeles, organiza una cena de chicas. Eso sí, en el sitio más caro de toda la ciudad. La cara de Coral cuando conoce a Tiffany y a sus amigas es para verla.

¡Me meo de risa!

A la despedida vienen Ashley, Cloe y Tiffany, junto con mis abuelas, mi madre, Coral y yo. El restaurante donde cenamos es muy pero que muy bonito y la comida está buenísima. El problema es que las cantidades son tan mínimas, tan escasas, tan *light* que todo nos sabe a poco.

—Vamos a ver —cuchichea Coral, mirando a Tiffany y a sus amigas—; pero ¿de dónde han salido estás Topladies?

Me río sin poderlo remediar.

—Cállate y no la lées —le advierto.

—¿Que no la lée? Pero ¿tú has visto que especímenes? ¡Éstas en el *National Geographic* no tienen precio!

Me río de nuevo e, intentando mantener un equilibrio entre las Topladies y la Gordicienta de mi amiga, le digo, también en voz baja:

—Coral, ellas son como son y tú eres como eres. Simplemente hay que aceptar a cada persona y...

—Pero dicen todo el rato gilipolleces como «¡Es cuquiiiiii!», «¡Me superencantaaaaaaaaaaaa!» o «¡Amorrrrrrrrrrrrrrrrrrr!». Y ya no te digo cuando se despiden de sus chupiamiguitos con eso de «Chaíto. Besitos de caramelito».

Me vuelvo a reír y ella continúa:

—¿Cómo pueden partir un langostino en cachitos y superencantarles? Joder... a mí que me traigan una docena y entonces los saborearé. Pero ¡con uno solo...!

Coral tiene razón. Nos han traído una ensalada de lo más chic y *fashion* con un solo langostino encima. ¡Uno! Y antes de que yo pueda decirle nada, añade:

—Si te vuelves como ellas, te juro, Yanira Van Der Vall, que te arranco las orejas.

Me tapo la boca para no reírme a carcajadas. Sin duda alguna, nunca seré como Tiffany y sus amigas. Primero, porque yo misma no me lo voy a permitir, y segundo, porque quiero conservar mis orejas.

Una vez salimos del restaurante, Coral propone que vayamos a un local de striptease masculino. Quiere ver carne fresca, pero las chicas se niegan y al final vamos a tomar un cóctel a un lugar llamado Fashion and Look. Cuando llegamos, es lo que me imaginaba: un sitio glamuroso y lleno de gente guapa, donde miran a mis abuelas como bichos raros. Nos quedamos ahí una horita, hasta que mamá y la abuela Nira dicen que se quieren marchar. Están cansadas y tanta música, gente y ruido las agobia.

Pero la abuela Ankie no se quiere ir a dormir todavía y Coral tampoco. ¡Menudas son ellas! Al final, cuando mamá y la abuela Nira se marchan en un taxi, mi amiga me mira y pregunta:

—¿Qué tal si vamos a un *burger*? Estoy muerta de hambre y necesito una grasienta y enorme hamburguesa doble con queso.

Mi carcajada lo dice todo y la cara de horror de Tiffany y sus amigas, también. Al final, como con Coral no hay quien pueda, ¡todas al *burger*!

Cuando nos acabamos nuestras grasientas y dobles hamburguesas con aros de cebolla y patatas fritas, Coral insiste en que vayamos a un sitio de *boys*, pero al ver la poca aceptación que tiene su idea por parte de las Topladies, como las ha bautizado Gordicienta, mi abuela Ankie propone ir al Cool and Hot de su amigo Ambrosius.

De repente, recuerdo las veces que la he oído hablar de él. Fue un noviete que tuvo antes de casarse con mi abuelo. Sorprendida, le pregunto:

—Pero ¿sigues en contacto con él?

Ankie asiente y dice:

—Y más desde que existen Facebook y las redes sociales.

¡Vaya con mi abuela!

Desde que he llegado a Los Ángeles, nunca he ido al Cool and Hot, pero sólo con ver las caras de las tres Topladies ya sé que el sitio es de todo menos glamuroso, lo que se confirma cuando Ashley dice:

—Cuquita... ese lugar es antiestético y feote.
Mi abuela, que las ha calado hace rato, responde sonriendo:
—No siempre lo más puesto y decorado es lo mejor, cariñito.
—Y sin dar tregua, exclama—: ¡Vamos, Ambrosius nos espera!
—¿Nos espera? —pregunto alucinada.
Mi abuela asiente y, guiñándome un ojo, cuchichea:
—Acabo de hablar con él por teléfono y está deseoso de verme.
Coral sonríe. Yo no lo hago, porque me encuentro entre dos aguas.

Nos montamos todas en el coche de Tiffany y, en el camino, la abuela Ankie nos explica que el local es un sitio de músicos, donde quien quiere puede cantar.

Ambrosius es un viejo cantante de *country* nacido en Dallas. Sonríe al pensar que las raíces musicales de mi abuela determinan también sus amistades.

El lugar se encuentra a las afueras de Los Ángeles y, al llegar, vemos que la puerta está llena de motos de gran cilindrada. Tiffany se me acerca y murmura:

—No he oído hablar bien de este lugar.
—¿Por qué?

Antes de que ella me pueda responder, la puerta del bar se abre de golpe y un rubio grande como un armario y con más músculos que Schwarzenegger saca a un hombre borracho y grita:

—¡Si vuelves a entrar, lo vas a lamentar, capullo!

Todas nos quedamos paradas al oírlo y, al vernos, el rubio nos pregunta con cara de mala leche:

—¿Van a entrar, señoritas?

Tiffany y sus amigas tiemblan como chihuahuas asustados, pero mi abuela, plantándose ante el tipo, dice:

—Busco a Ambrosius Ford.

—¿Quién lo busca? —pregunta él con brusquedad.

Sin amilanarse, mi valerosa abuela lo mira de arriba abajo y responde:

—Dile que ha venido Ankie *la holandesa*. Él sabrá.

De pronto, el enorme bicho cambia la expresión y, con voz aterciopelada, murmura:

—¿Tía Ankie, eres tú?

Mi abuela lo mira y, sorprendida, exclama:

—¡¿Dewitt?! Pero, criatura de Dios, ¡qué grande te has hecho!

Me quedo anonadada cuando veo que mi pequeña abuela y ese gigante se abrazan y besuquean, mientras Coral comenta divertida:

—¡Vaya con la abuela! Ésta nos da sopas con honda.

Ankie nos presenta una a una al desconocido y nos informa de que es el hijo de su amigo Ambrosius. Las Topladies se han quedado mudas y el tal Dewitt, encantado, nos hace entrar en el local, mientras va apartando con rudeza a los moscones que se nos acercan.

¡El Cool and Hot es la bomba!

Ni lujos ni leches en vinagre. El techo está tapizado de billetes y las paredes llenas de guitarras y fotos de cientos de cantantes. De pronto, del fondo del local aparece un hombre maduro de pelo cano. Tiene una pinta de vaquero total y más con el sombrero que lleva. Mi abuela y él se miran, se sonríen y finalmente se funden en un abrazo, tras darse un picazo en los labios que dura más de lo que yo estimo necesario.

¡Qué fuerteeeeeeeeeeeeee!

La alegría de mi abuela es patente y nos vuelve a presentar. El hombre, al saber que soy su nieta Yanira, dice:

—Es tan linda como tú, Ankie.

Ella, con voz aterciopelada, le da un golpe cariñoso en el antebrazo y replica:

—Oh, tonto... Tú que me miras con buenos ojos.

Durante más de diez minutos, veo a mi abuela reír como nunca antes. La veo coquetear, parpadear y hacer caídas de ojos.

Coral cuchichea:

—Joder con Ankie, ¡es toda una Lobacienta!

Asiento y sonrío. Ver a mi abuela así para mí es de lo más curioso y me quedo fascinada contemplándola, hasta que me fijo en Tiffany y sus amigas. Parecen estacas de lo tíasas que están, mientras

los hombres que pululan por el local les dicen infinidad de cosas. En un momento dado, Tiffany le suelta a uno:

—Selecciónate y suprímete.

Ellos se parten de risa ¡y no es para menos!

Como puedo, me meto en la conversación de mi abuela y Ambrosius y le pido a él que nos lleve a donde nos podamos sentar.

Una vez entramos en lo que él considera la zona vip, me relajo. Es un pequeño espacio con sillones de lo más cutre, pero al menos allí los hombres no nos acosan. En ese preciso instante, oigo a Ashley susurrar:

—Estoy superasustada.

No sólo la oigo yo, también mi abuela, que, agarrándola del brazo, dice:

—Pues déjate el susto para otro momento, niña, y si alguno se acerca a ti con fines no muy buenos, le arrancas los dientes. Que altura y manos no te faltan, jovencita.

Ashley cierra el pico. Creo que ahora la que la asusta es mi abuela.

Me río con ganas. Una camarera con grandes pechos y una cortísima minifalda vaquera nos sonríe y se acerca a nosotras. Ambrosius nos la presenta como Tessa, la mujer de su hijo, y le dice:

—Tráeles seis destornilladores. —Después nos mira y, guiñándonos un ojo, explica—: ¡Es nuestra bebida estrella!

—Yo... yo prefiero un Shirley Temple con dos guindas —dice Ashley.

¡Pa matarla!

La joven camarera la mira. Sin duda alguna debe de estar pensando de dónde habrá salido, y con paciencia infinita le explica:

—No tengo, cielo. Pero el destornillador te aseguro que te gustará. Me salen muy buenos.

—¡Destornilladores para todas! —exclama mi abuela.

Cuando la camarera se va, Coral, que está a mi lado, murmura:

—Éstas se nos hacen caquita hoy aquí.

Las miro. La verdad es que me dan pena. Resoplo y digo:

—Éste no es su ambiente. Hay que entenderlo.

☞ *Adivina quién soy esta noche* ☞

Pero cuatro destornilladores más tarde, han cambiado de actitud y hasta parecen pasarlo bien.

Como era de esperar, mi abuela, acompañada por Ambrosius, sube al escenario y nos deleita con la canción *Sweet Home Alabama*. Los demás nos lanzamos a la pista de baile, moviéndonos al son de la música.

Cuando acaban la canción, les pedimos un bis y mi abuela me anima a subir al escenario. Canto con ella y con Ambrosius. Al ver cómo se miran entiendo por qué mi abuela siempre incluye esa canción en sus actuaciones.

¡Qué calladito se lo tenía!

Cuando termina la música, me bajo del escenario mientras la gente aplaude y, cuando mi abuela se va a bajar también, Ambrosius la toma de la mano, la hace sentarse en un taburete y él se sienta en otro.

¿Qué van a hacer?

A una seña de él, las luces del local bajan y Ambrosius dice:

—Amigos, hoy es un día muy... muy... muy... especial para mí. La preciosa mujer que está sentada a mi lado fue, ha sido y será hasta el día en que me muera mi único y verdadero amor. ¡Mi chica!

Encantados, todos aplauden y vitorean, mientras yo, descolocada, bebo un trago de mi destornillador. Ambrosius continúa:

—He conocido muchas mujeres, incluida a la madre de mis dos hijos, que un día se marchó para no volver, gracias a Dios. —Todos ríen, aunque yo no le veo la gracia—. Pero mi preciosa Ankie es la única que me robó el corazón y nunca me lo ha devuelto. Hace ya varios años nos reencontramos por casualidad en un concierto en Londres. Ella actuaba con su banda y yo con la mía y, amigos, ¡las chispas saltaron de nuevo! —La gente silba—. Pero por aquel entonces cada uno tenía su vida y decidimos proseguir con ellas. Aunque ante vosotros reconozco, y ella lo sabe, que pese a que desde entonces no nos hayamos visto más de diez veces, la adoro con todo mi corazón.

—Oh, *porfapliisssss...* ¡Qué bonitooooooo! —murmura Tiffany, mirándome.

—Cuquí, ¡es idealllllll! —afirma Ashley con su destornillador en la mano.

Yo, descolocada, sonrío. Coral, acercándose a mí, susurra:

—¿Ha dicho *porfa*plis?

Asiento, pero no puedo prestarle atención. Estoy pendiente de mi abuela y de Ambrosius, que me están volviendo loca.

Pero ¿qué me he perdido?

Ella sonrío con coquetería y Ambrosius le retira el pelo de la cara y dice:

—Hay una canción que el primer día que la escuché supe que era para que la cantáramos mi chica y yo —explica, señalando a Ankie—. Se la envié por esas modernidades que hay hoy en día del Facebook para que la escuchara y un día, en una de nuestras conexiones por Skype, la animé a que la cantáramos juntos. —Mi abuela sonrío y él pregunta—: ¿Te atreves a cantarla esta vez mirándome a los ojos, cielo?

¿Mi abuela sabe lo que es Skype?

Con una sonrisa, ella asiente.

¡Joder... joder... joder con mi Lobaabuelaciencia!

Acabo de descubrir en quién pensaba todos estos años cuando cerraba los ojos y cantaba. Sin lugar a dudas, ahora entiendo muchas cosas.

Ambrosius sonrío mientras todos los miramos y, cuando un foco amarillento los ilumina, dice:

—La canción se llama *If I didn't Know Better*.

Comienza a tocar la guitarra y, tras los primeros acordes, mi abuela comienza a cantar en un tono de voz bajo:

*If I didn't know better I'd hang my hat right there.
If I didn't know better I'd follow you up the stairs.*

Con la boca abierta, me siento en una silla a escucharlos.

No conocía esta lenta y pausada canción. Pero escucharla me resulta, como poco, embriagador.

☞ *Adivina quién soy esta noche* ☞

Tiffany, emocionada, me mira y me susurra que esa canción salió en una serie llamada *Nashville*. No la conozco. No la he visto, pero la buscaré y la veré.

Una vez que mi abuela calla, Ambrosius comienza a cantar y suspiro al entender la letra, que habla de una pasión oculta por una amistad, de un amor duro y descarnado.

¡Vaya tela... vaya tela!

Observo cómo mi abuela y su amigo cantan mirándose a los ojos una más que sensual canción, mientras se hablan a través de la música y la mirada.

—Aquí hay tema que te quemas —cuchichea Coral.

Asiento. Aquí hay tema, temazo y retemazo, y no sólo yo me estoy dando cuenta. En el escenario, mientras cantan, Ambrosius y Ankie no ocultan lo que sienten el uno por la otra y yo no sé si reír, llorar o salir corriendo.

Cuando la canción acaba se hace el silencio en el local. La gente casi no respira, hasta que finalmente estallan en aplausos y yo consigo reaccionar.

—Me ha superencantadoooooo —aplaude Tiffany.

—¡Qué cucadaaaaaaaaaa! —elogia Ashley.

Coral, con su para mí habitual gesto de mofa, va a decir algo cuando, mirándola, le ordeno:

—Cierra el pico, Gordicienta.

Minutos después, mi abuela por fin baja del escenario y se dirige hacia nosotras. Todos le dan la enhorabuena y cuando llega hasta mí, nos miramos y, sin que yo diga nada, murmura:

—Sí, cariño. Él es el amor de mi vida.

A las cuatro de la madrugada, tras una noche de lo más divertida, plagada de destornilladores, bailes mil y canciones sobre el escenario, dejamos a Ashley y a Cloe en sus casas con una borrachera más que considerable. Creo que cuando se den cuenta de todo lo que han bailado y cantado sin pudor, me van a odiar. Pero, bueno, ya cuento con ello.

Acompañamos también a Tiffany, que no está en condiciones de

conducir, y después Coral, mi abuela y yo tomamos un taxi hasta mi casa.

Una vez allí, mi abuela, aún en su nube particular, se va a dormir, y Coral y yo nos dirigimos a la cocina. Abrimos la heladera y ella, al ver una botella de champán con etiqueta rosa, la agarra encantada y dice:

—¡Éste! Que me han hablado muy bien de él.

No sé de lo que habla, pero accedo. A mí me da igual el color de la etiqueta.

Nos sentamos en el suelo de la cocina y nos apoyamos en los muebles. Coral empieza a hablar del increíble lugar en que estamos y yo, cansada y con varias copas de más, le hago saber lo mucho que odio esta cocina y esta casa. Cuando le confieso el porqué de mi odio, ella, boquiabierta, me pasa la botella y dice:

—¿Cómo que no vas a denunciar a esa zorramplona? ¡Te quiso matar!

Bebo un trago del pico y luego digo:

—No empieces tú también con eso.

Durante un rato, escucho cómo protesta sobre lo mal que hago al no denunciarla, pero yo estoy a lo mío. Miro la encimera roja y no puedo dejar de imaginar a Dylan y a Caty sobre ella haciendo el amor.

¿Por qué? ¿Por qué me hago esto a mí misma?

Irritantes imágenes de mi chico mordiendo el labio y lo que no es el labio pasan por mi mente y, furiosa, me levanto.

—No quiero hablar más de ello.

—Floricienta, relájate.

—Bastante tengo con tener que vivir en esta casa y con esta cocina. Veo estas puñeteras encimeras rojas y siento... siento ganas de vomitar y...

—Nadie te dijo que fuera fácil estar con un hombre como Dylan. Y, además, te vas a casar con él.

Me vuelvo a desplomar en el suelo, a su lado, y, dando otro trago a la botella de champán, contesto:

—Ya te digo... pasado mañana.

Coral murmura divertida:

—Te envidio y, aunque no hayamos tenido una despedida de soltera de las que a mí me gustan, con tíos cachas y granujientos, tengo que decirte que Dylan es un hombre estupendo y sólo hay que ver cómo te mira para saber que está total y completamente colado por ti. Ojalá se hubiera fijado en mí y no en ti. Si es que hasta para eso tienes suerte, *jodía*.

—Lo sé. —Sonríó al pensar en mi chico—. Dylan es el hombre más maravilloso, atento, romántico, irresistible, apasionado y ardiente que he conocido en toda mi vida. Y lo reconozco: ¡lo quiero todo para mí! Absolutamente todo. Me estoy volviendo una posesiva increíble.

—Haces bien. Porque te aseguro que si lo sueltas, lo agarro yo.

Ambas reímos y en ese momento se enciende la luz de la cocina. Es mi abuela Ankie, que no puede dormir. Tras un rato charlando las tres, Coral se marcha al salón, se tira en el sofá y se queda frita.

Una vez solas ella y yo, mi abuela me mira y dice:

—Quise a tu abuelo con todo mi corazón. Conocí a Ambrosius en un viaje que hice a Estados Unidos cuando era jovencita. ¡Oh, qué guapo y joven era! Lideraba una banda de *country* y yo una de música pop. Tuvimos un romance maravilloso, pero cuando regresé a Holanda, una discográfica nos contrató a mí y a mi grupo y decidí olvidarme de sentimientos y seguir mi camino con la música. En esa época no existían ni Facebook, ni Skype, ni nada para mantener el contacto y, cuando dejé de recibir sus cartas, pensé que se había olvidado de mí.

»Años más tarde, conocí a tu abuelo y con el tiempo decidí casarme con él y seguir con mi música. El tiempo pasó, tuve a tu padre, luego llegó la enfermedad de tu abuelo y, hace diez años, cuando estuve en Londres con mi banda, la vida volvió a poner frente a mí a Ambrosius. Y, oh, Yanira..., verlo fue brutal. Electrificante. Increíble. Fue mirarnos, reconocernos y sentir lo mismo que habíamos sentido cuando éramos unos chavales. Y bueno... tras tres días juntos, ocurrió lo que tenía que ocurrir entre nosotros.

»No me siento orgullosa de haber engañado a tu abuelo, pero él estaba enfermo y...

—No tienes por qué justificarte, Ankie.

Ella sonrío y, mientras me sujeto el pelo con un pasador, dice:

—Lo sé, cariño. Lo sé. Pero quiero y necesito contártelo. Tu abuelo estaba enfermo. Nuestra vida de pareja siempre fue muy limitada y, cuando me reencontré con el amor de mi vida, mi cuerpo se rebeló y mi mente se nubló. Te juro, Yanira, que no vi más.

Sonríó. Entiendo de lo que habla. A eso yo lo llamo «pasión».

Ver a esa persona que adoras y no poder resistirte. Es lo que yo sentía y siento por Dylan y si no pudiera estar con él, cada vez que nos reencontráramos, siempre acabaríamos igual.

—Luego murió tu abuelo y Ambrosius y yo nos hemos visto siempre que hemos podido. ¿Recuerdas las veces que he viajado a Barcelona, Roma u Holanda? —Asiento y ella prosigue—: Era para estar con él. Cada cual tiene su vida y sus responsabilidades, pero sin lugar a dudas Ambrosius y yo tenemos nuestra particular historia de amor. Por eso, y a pesar de lo que sé que te gusta cantar, si realmente quieres a Dylan como sé que lo quieres, no desperdicies el tiempo. Vive, cariño. Disfruta. Saborea la vida como si fuera tu último día. En cuanto a lo de cantar, ¡no lo abandones! Lucha por tu sueño. Pero nunca dejes de guiarte por el corazón o algún día lo lamentarás.

Cuando de madrugada subo a la habitación, ésta está a oscuras, pero siento la presencia de Dylan. Con cuidado, me pongo un liviano camisón amarillo, pero estoy torpe. He bebido más de la cuenta. Mis ojos poco a poco se adaptan a la oscuridad y una sonrisita me asoma a los labios al oír que mi amor se mueve. No dice nada, pero sé que está despierto y me observa. Me espera.

Miro el reloj digital de números naranja que está sobre la mesilla. Las cinco y dieciocho. Me acerco a la cama. Dylan está boca arriba. Lo miro. Tiene el torso descubierto y los ojos cerrados.

¡Qué sexy y tentador es!

Me subo a la cama e, impaciente, me siento a horcajadas sobre él. Sonríó al ver que se le curvan las comisuras de los labios.